

LOS ARTISTAS GRABADORES
EDICIONES DE LA ROSA VERA

JAUME PLA
ARBOLES DE VELLIZA

BURIL

COMENTARIO DE
MIGUEL DELIBES



19

LA POBEDA

Junto al arroyo Onsurbe, que en mi pueblo le dicen también el Matagatos, se yergue La Pobeda, un soto de prestancia que, visto en verano desde las colinas, semeja un oasis en el desierto. Un oasis verde entre los rastros amarillos que se ondulan, uno detrás de otro, como las aguas de la mar, hasta perderse en el infinito. Y los álamos de La Pobeda son altos y puntiagudos, se visten de fronda al llegar la primavera y cada verano, cuando sopla el viento sur, las hojas blanquean vueltas del revés y abanicán el aire como si dijeran adiós.

Yo no concibo mi pueblo sin La Pobeda. La Pobeda es algo vivo y esencial que en enero presta abrigo contra el cierzo, frescura en julio, y cobijo a los músicos y titiriteros que llegan al pueblo por la Virgen de septiembre. Y allí, en el pueblo todos le decimos La Pobeda sin preguntarnos el porqué. Y, en realidad, los chicos no salimos de ella salvo cuando truena, pues los árboles son esbeltos y finos como agujas y, al decir del vecindario, atraen a las exhalaciones.

Pero un otoño llegó por el pueblo don Sebastián, un señor con estudios y talento, que tenía el capricho de tirar a las perdices en la ladera. Y apenas llegado me dijo: "¿Te vienes conmigo, barbián?". Y yo me fui con él, como hacía con mi padre, de morralero. Y cada vez que se arrancaba una perdiz en los cárcavos de las cuevas, tomaba sin vacilar el camino del pueblo y yo voceaba: "¡Otra a la Pobeda!". Y así, una tras otra, hasta diez. De modo que don Sebastián se plantó y me dijo: "¿Qué coños es eso de la Pobeda?". "Los árboles de junto al pueblo" —le respondí. "Eso es el soto —dijo enfurruñado—. ¿Por qué esas costumbres de los pueblos de poner motes a las cosas?" "De siempre fue la Pobeda" —añadí. Y, en vista de que no nos poníamos de acuerdo y de que no colgaba pájaro, se bajó al pueblo a almorzar, pero en la Plaza se topó con don Rigoberto, el Secretario, y como si él fuera responsable de algo, le espetó todavía malhumorado: "¿A santo de qué los chiquitos de este pueblo llaman pobeda al soto?". Y don Rigoberto se quedó de un aire: "La Pobeda es —dijo al cabo—. No es un capricho". Y se pusieron a discutir, que don Sebastián se ponía rojo de cólera, y tantas voces daban que fueron saliendo de sus casas don Diego, el médico, don Serapio, el alcalde y don Valentín, el maestro, o sea, los ilustrados, y todos porfiaron que La Pobeda era La Pobeda porque se llamaba así. Entonces don Sebastián, en el colmo de la indignación, voceó que les pagaba una comida a todos si, con el Diccionario de la Academia en la mano, le demostraban que la palabra aquella tenía algún sentido. Y al Ayuntamiento se fueron todos en tropel y, en el salón de sesiones, don Rigoberto abrió el librote con dos franjas roja y azul en el lomo, buscó la letra P y empezó a murmurar entre dientes, entre la expectación general: "Pluvial, pluviómetro, pluviómetro, lluvioso, poa..." Y, de repente, levantó un brazo y agitó la mano con aires de victoria: "Ve aquí está —dijo. Pobeda: sitio o lugar poblado de pobos". Don Sebastián se desfondó, pero, no queriendo dar su brazo a torcer, inquirió con un hilo de voz: "¿Pobo? ¿Qué es un pobo?". Y don Rigoberto señaló con la negra uña cuatro líneas más abajo y leyó: "Pobo: álamo blanco". Entonces don Sebastián, contrariado, se pasó la mano por la cabeza y murmuró: "Hay que joderse, ¿es que todavía van a tener razón?". Y, a partir de aquel día, en mi pueblo empezaron a decirle a La Pobeda, la Pobeda de don Sebastián.

Miguel Delibes



Colchagua C

7/6



